



El Cotidiano

ISSN: 0186-1840

cotid@correo.azc.uam.mx

Universidad Autónoma Metropolitana Unidad

Azcapotzalco

México

Cisneros, José Luis

La geografía del miedo en la ciudad de México; el caso de dos colonias de la Delegación Cuauhtémoc

El Cotidiano, núm. 152, noviembre-diciembre, 2008, pp. 59-72

Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Azcapotzalco

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=32515208>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

La geografía del miedo en la ciudad de México; el caso de dos colonias de la Delegación Cuauhtémoc

José Luis Cisneros*

El análisis de las causas y los efectos que adquiere la delincuencia en la ciudad de México, se ha convertido en un campo de estudio en el quehacer de los académicos provenientes de las distintas disciplinas sociales. En este sentido, el presente trabajo tiene como propósito abordar, en una primera aproximación, el conocimiento y descripción de la geografía del delito mediante la exposición de aquellas condiciones socio-espaciales que favorecen la conducta delictiva en dos colonias de la Delegación Cuauhtémoc, catalogadas como de más alta peligrosidad por las autoridades de la Secretaría de Seguridad Pública de la ciudad de México.

Los constantes y crecientes índices delictivos de los últimos años, así como las desagradables experiencias que vivimos los habitantes de la ciudad de México, han logrado un efecto depre-dador en la dinámica de la vida cotidiana de la ciudad. Dichos efectos, producto de la inseguridad delictiva expresada en robos, asaltos, secuestros, violaciones y homicidios, han creado una fuerte sensación de inseguridad ciudadana que ha obligado a reconfigurar el uso de los espacios públicos.

El aumento de la espiral de violencia y los niveles delictivos de los últimos años, en los cuales se encuentran involucrados no sólo sujetos dedicados a este tipo de conductas ilícitas, sino también servidores públicos inmiscuidos en actividades ilegales como el tráfico de drogas, robo a comercios, desmantelamiento de vehículos, redes

de prostitución y tráfico de armas, se encuentran ligados al decrecimiento exponencial de las condiciones de bienestar social que en los últimos años han logrado la conformación y expansión de formas ilegales de supervivencia, producto de una inseguridad social y económica que acompañan esta espiral de violencia y que forman parte del nuevo orden social.

Si bien es cierto que el fenómeno de la delincuencia ha formado parte de la dinámica de la estructura de toda sociedad, la conducta delictiva adquiere formas de expresiones diferenciadas, sin que éstas rebasen los límites de contención que puedan alterar la vida social de toda sociedad; sin embargo cuando esto ocurre y las instituciones encargadas de otorgar seguridad a los ciudadanos, muestran sus dificultades para establecer un nivel de contención, aparece un ambiente de pérdida de credibilidad y confianza que dificulta aún más la tarea de estas institucio-

nes, y junto a ello se construye también un imaginario social formado por espacios de tensión que suelen ser expresados por los ciudadanos como espacios del terror y miedo, producto de la inseguridad que se vive en la ciudad de México¹.

El miedo en la ciudad, se narra y expresa como una dimensión social desprendida del uso y práctica del espacio vivido, se trata digámoslo así, de un conjunto de operaciones productoras de miedo cuya imagen se expresa en un temor al otro. Pero cuando hablamos de espacios y sujetos, nos re-

¹ El miedo, cuyo origen etimológico, proviene de la palabra metus, ha jugado un papel importante en la historia del hombre en sociedad; gracias a los miedos que el hombre ha tenido en el desarrollo de su evolución, logró desarrollar un arsenal de instrumentos para su defensa y beneficio. En otros momentos el miedo ha sido utilizado como instrumento de contención y dominación entre los hombres. En este sentido se puede advertir que el miedo ha jugado un papel ordenador a lo largo de la vida en sociedad.

* Departamento de Relaciones Sociales. Área de Investigación: Educación, Cultura y Procesos Sociales. UAM-Xochimilco.

ferimos a un conjunto de miedos acoplados a un imaginario social desplegado en estereotipos y comportamientos sociales, adheridos a la memoria colectiva.

Así los imaginarios del miedo se adhieren a la circulación de narraciones simbólicas delimitadas por territorios, acciones, acontecimientos y sujetos denotados como enemigos públicos. De ahí que la lectura de determinadas experiencias narradas, se encuentren mediadas por la experiencia de la exclusión, la pobreza, la marginación y la violencia explícita o encubierta. Se trata de un conjunto de miedos expresados de modo metonímico en la inseguridad, en la libertad, en la esperanza. Todos estos miedos urbanos, en buena medida provienen de la incertidumbre laboral, asistencial, afectiva, y de seguridad que vivimos los habitantes de la ciudad.

El miedo tiene diferentes perspectivas desde donde se le puede ubicar: la política, la economía, lo social y lo cultural; desde esta última es donde nos interesa abordarlo en estas líneas, particularmente haciendo una reflexión de la dimensión social de los espacios del terror, de los espacios productores de miedo; por eso lo que nos interesa aquí es partir de un mirar del miedo pero no desde su base biológica, sino desde su componente cultural. Sobre todo porque el miedo, por decirlo así, a diferencia de los impulsos, posee características particulares, como es lo expresivo, lo contagioso y lo aprendido².

La construcción del espacio, exclusión y miedo

Un aspecto diferenciador del fenómeno social de la delincuencia en la ciudad de México, es el incremento constante de la participación de jóvenes o agrupaciones de adolescentes que se apoderan de las calles de la ciudad como parte de su hábitat natural, emergiendo de manera considerable en casi todas las zonas de la ciudad de México; se trata de grupos de jóvenes que forman una suerte de comunidad marginal con respecto a las posibilidades formales que la sociedad ofrece para obtener canales adecuados de subsistencia.

Estos sectores de la sociedad, son el resultado de tres fenómenos específicos: El primero obedece de manera par-

² Lo expresivo del miedo se muestra en la modificación de comportamientos, y en la comunicación del sujeto, mientras que lo contagioso se muestra en la influencia para transmitir los miedos al otro, alimentando así un imaginario que se expresa en otros sujetos, aún cuando éstos no hayan tenido la experiencia directa. Por su parte, lo aprendido del miedo, es siempre una manifestación cultural, cuya experiencia social vivida, se diferencia según la posición del sujeto dentro del grupo social. Soledad Niño Murcia, "Eco del miedo en Santa Fe de Bogotá e imaginarios de sus ciudadanos" en Jean Deluaun, *El miedo. Reflexión sobre su dimensión social y cultural*. Medellín, Colombia: Corporación Región, 2002, p. 192.

ticularmente al incremento de la participación de jóvenes en actos ilícitos cada vez más violentos, como resultado de su incorporación a las filas del crimen organizado, o bien como el resultado de una aventura aislada por la falta de oportunidades educativas o laborales. El segundo, se encuentra anclado a la importancia que adquiere el desarrollo urbano y su vinculación entre la ciudad y la delincuencia, en especial a partir de las innumerables manifestaciones de defensa de ciertos espacios urbanos, en los que se articula tanto el diseño arquitectónico de determinados lugares como las altas tasas de incidencia delictiva de áreas caracterizadas por viviendas populares, las cuales han favorecido la inclinación argumentativa que sostiene que el diseño urbano influye, promoviendo o alentando la criminalidad. El tercero, como resultado de un conjunto de temores que moldean una percepción estereotipada de sujetos y espacios difundidos por los medios de comunicación, los cuales divulgan de manera espectacular los ilícitos cometidos por sujetos que habitan determinadas colonias o barrios. En conjunto estos tres fenómenos crean un ambiente social de estigmatización, segregación y miedo al uso del espacio público en la ciudad de México, lo que favorece la creación de espacios del terror.

En este sentido, el miedo en tanto comportamiento propio de las ciudades, es el resultado de un conjunto de imágenes que construyen un capital pensado, valorado y compartido; es, digámoslo así, el resultado de un imaginario social. De esta manera, los miedos culturales invaden al individuo y debilitan las colectividades, de modo que se construye un miedo al otro. Un miedo que se muestra por la pérdida de control del espacio, por la gente desconocida, por la diferencia de costumbres, comportamientos, códigos y prácticas diferentes a nosotros³.

Para mostrar que los miedos no solo orbitan en las inmediaciones de nuestras experiencias cotidianas, y que por el contrario se alimentan de imaginarios sociales y mitos urbanos, trataremos de señalar mediante la evidencia empírica de los datos obtenidos de dos colonias, que los altos índices de delincuencia, y la estigmatización de determinados espacios, como espacios de terror o productores de miedo, no son otra cosa que el resultado de una creciente segregación socio-espacial producto de la marginación y exclusión de sus pobladores.

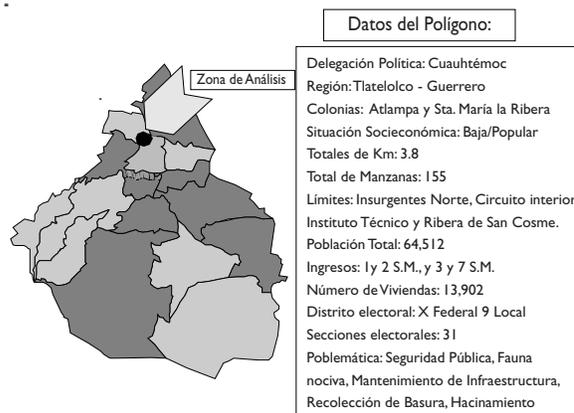
³ Como resultado de estos miedos culturales, bien podemos situar el racismo, la xenofobia, la misoginia y la homofobia, entre otros miedos culturales. María Teresa Uribe de H., "Las incidencias del miedo en la política: una mirada desde Hobbes" en Jean Deluaun, *El miedo. Reflexión sobre su dimensión social y cultural*. Medellín, Colombia: Corporación Región, 2002, p. 24.

Se trata de espacios productores de un miedo que se acompaña por la disminución de seguridad y aumento de violencia, la cual es identificada como una situación de peligro, y el peligro es configurado como la causa próxima que produce temor, y claro está que su opuesto perfecto es la seguridad. Por tanto, los miedos no sólo nos conducen a un estado de orfandad, sino también de exclusión.

En este contexto, las siguientes líneas se apoyan tanto en la observación directa como en el trabajo de campo, y datos obtenidos por diferentes dependencias del gobierno

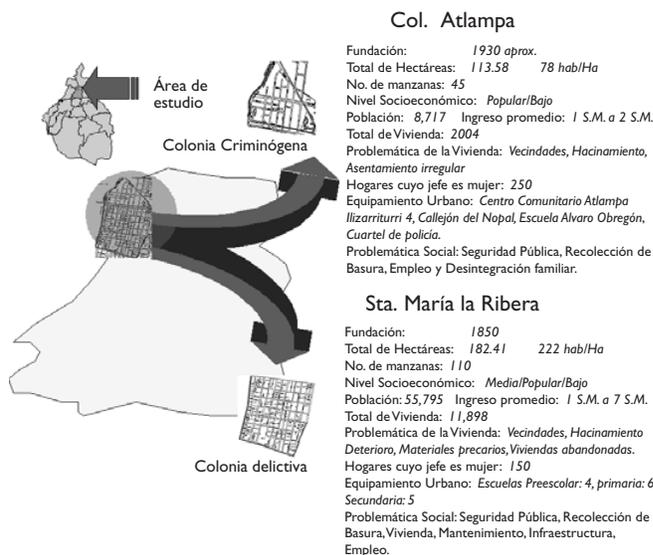
local, la Delegación Cuauhtémoc, y particularmente de las colonias Atlampa y Santa María la Ribera (Imágenes 1 y 2), las cuales han sido señaladas por las autoridades de la SSP del DDF, como colonias de alta peligrosidad, conflictividad o criminalidad; sin embargo, dichas colonias, más allá de las tasas de incidencia delictiva, no son otra cosa que el resultado de la construcción de un complejo imaginario esbozado tanto por las narraciones de las experiencias de miedo como de la expresión de un espacio urbano cuya característica es la exclusión social.

Imagen 1



Fuente: creación propia con datos del GDF.

Imagen 2



Fuente: creación propia con datos del GDF.

La construcción de dichos espacios aparece como el resultado de la familiarización de mitos cotidianos, producto de la información difundida por los medios de comunicación que los señalan como territorios aberrantes y peligrosos que favorecen el comportamiento de grupos o bandas de sujetos que operan al margen de la ley, provocando terror y miedo en los vecinos y generando una imagen estigmatizada en general de estos espacios, cuyo deterioro material obedece en buena medida a la carencia de equipamiento y servicios públicos básicos; dichas condiciones se convierten en un factor ligado a las condiciones materiales de sus habitantes, que les impide contribuir a la manutención de una imagen diferente a la que se muestra como resultado de sus condiciones materiales; hablamos de una imagen desordenada y caótica que contribuye a la construcción de una imagen estigmatizadas del espacio (Imagen 3).

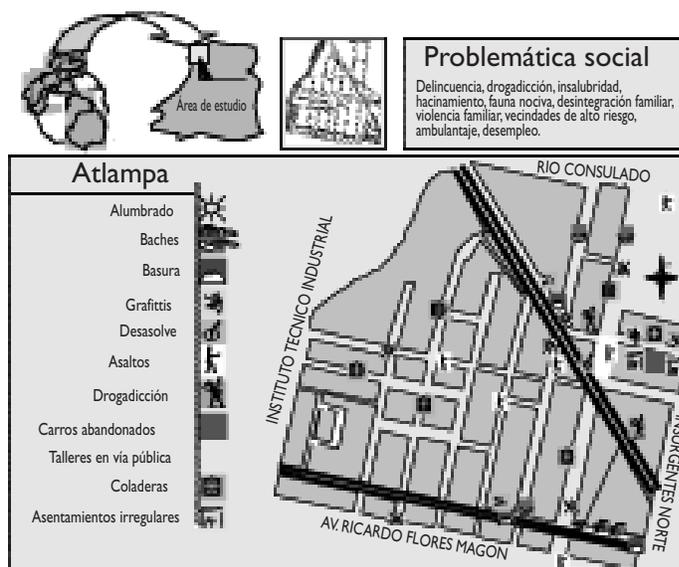
delincuente”, el terrorista, el pobre, el excluido, el enfermo que nos contagia, el contrario a nuestra ideología, etc. Hablamos del miedo al otro, a lo que el otro es capaz de hacer en tanto todos tenemos las mismas pasiones y los mismos deseos; se trata de un miedo al desorden, al caos, a la incertidumbre⁴.

Hablamos de la construcción de un miedo que sólo adquiere sentido en el aquí y el ahora, por eso le tenemos miedo a nuestros semejantes, porque sabemos que no son diferentes a nosotros y en consecuencia vivimos en una permanente discordia con el otro.

La imagen del enemigo y la inseguridad

La inseguridad que se vive en la ciudad de México ha propiciado una imagen de desprotección y peligro constante,

Imagen 3



Fuente: creación propia con datos del GDF.

Como podemos advertir, la ola de sentimientos de inseguridad se encuentra constituida sobre un eje de miedo racional, que trae consigo un conjunto de estrategias previamente diseñadas para conjurarlo y para domesticarlo; se trata de un sentimiento que va más allá del crecimiento de una violencia objetiva, que ha roto todo límite de tolerancia, produce un conjunto de imágenes y representaciones con los que se construyen mitos y enemigos presentes y futuros. La imagen del nuevo enemigo público, “el joven

que en muchos casos es real y en otro tanto se encuentra constituido por un horizonte de imaginarios sociales de la delincuencia y la violencia. El mantenimiento de esta representación, es constituido por los medios de comunicación de masas, los cuales producen una dramatización de las acciones, al difundir de manera espectacular los crímenes violentos, los secuestros y los robos.

⁴ María Teresa Uribe de H., *Op. cit.*, pp. 25.39.

Se trata de un ambiente urbano contenido por un efecto mediático cuyos rasgos son considerablemente significativos, pues quienes habitamos en la ciudad de México, somos testigos recurrentes de testimonios personales, cuyas experiencias directas o indirectas con la delincuencia y la violencia, tienden a constituirse en una imagen deteriorada de ciertos espacios considerados como inseguros, los cuales provocan profundas transformaciones en las relaciones de convivencia e integración urbana.

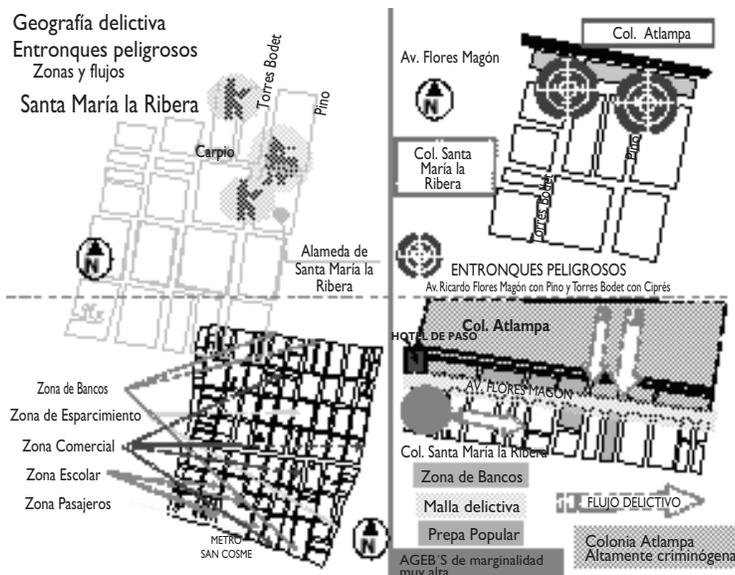
Se trata de una ciudad cuya complejidad se encuentra constituida no solo por sus grandes edificios, monumentos o riqueza histórica, también se constituye por un conjunto de imágenes de neón que flotan como nubes sobre las calles fétidas e hiperviolentas, infestadas por sujetos demandantes de derechos, que sus voces se confunden con aquella voz somnolienta que día y noche nos da a conocer los anuncios de una vida urbana postapocalíptica, en la que todos los ciudadanos luchamos por no perdernos en este laberinto que notoriamente se expresa en la visión de un gigantismo urbano constituido por un pastiche incoherente de paisajes imaginarios⁵.

En la ciudad la epidemia de inseguridad ciudadana, se ve alimentada por una violencia desbordada y sin límites, consecuencia de una delincuencia que se expresa en diver-

sas dimensiones: asaltos a transeúntes, robos a casa-habitación, vehículos, bancos, comercios, secuestros, violaciones, y narcotráfico, todas ellas dimensiones que producen un temor generalizado en sus habitantes y los limita en su salida a la calle y su uso de los espacios públicos.

La delincuencia en la ciudad es sin duda un problema real que va diluyendo paso a paso, el sentimiento de pertenencia e identidad basada no sólo en términos de lo étnico, sino en términos del uso y la práctica cotidiana de los espacios públicos de la socialización. Espacios de relaciones sociales que fijan la normalidad y las relaciones entre las diferencias; sin embargo, estas diferencias de la anomalidad, en definitiva adquieren dos dimensiones: la primera se encuentra orientada a la construcción de una diferencia cuya anomalidad es figurada en torno a una imagen determinada por lugares y sujetos con ciertas características. La segunda, es vista paradójicamente como una imagen de anomalidad que forma parte de la normalidad de la vida cotidiana de las grandes urbes, donde el temor, la incertidumbre, el conflicto y la negociación se conforman en elementos constitutivos tanto de la propia desigualdad de la distribución de la riqueza, como de la compleja dinámica de las sociedades urbanas. (Imágenes 4 y 5)

Imagen 4



Fuente: creación propia con datos del GDF.

⁵ Mike Davis, *Urban control: The ecology of fear*. New York, EU: S.L., 2001, p. 4.

Imagen 5



Fuente: creación propia con datos del GDF.

Un rasgo significativo del efecto dinámico que adquiere la difusión de estas imágenes, radica en que los principales escenarios de las acciones violentas o delictivas, difundidas por los medios de comunicación, por lo general

ocurren en algunas zonas urbanas caracterizadas por la pobreza, la exclusión, y el desempleo, lo que presupone entonces que la delincuencia y la violencia ocurren primordialmente entre los pobres de la ciudad (Imagen 6).

Imagen 6



Fuente: creación propia con datos del GDF.

La difusión de esta idea, formada entre las clases medias y los sectores adinerados trae tras de sí una concepción de la pobreza vista como una amenaza, que potencialmente forma transgresores de la ley. Esta idea desde luego es falsa, no obstante tenemos que admitir que las clases medias, sobre todo con mayor énfasis en los años 70 y 80, fueron los grupos que mayoritariamente se vieron presas de la delincuencia; hoy quienes la padecen de manera más directa son justamente los sectores más desprotegidos, los pobres de la ciudad, quienes se convirtieron en víctimas y victimarios de sus propias acciones.

Nos referimos a aquellos sujetos que experimentan en carne propia la exclusión laboral, educativa y de salud, factores que favorecen la transgresión de la ley. Hablamos de ciudadanos que habitan las delegaciones más pobres y conflictivas de la ciudad, lugares desarticulados y separados de los beneficios del desarrollo urbano y que suelen ser identificados en el imaginario social de los pobladores de la ciudad como territorios del terror.

Para ello entenderemos por territorio aquel espacio social de soporte de actividad simbólica y lugar de inscripción de excepciones culturales. En otras palabras, es cualquier extensión de superficie terrestre habitada por un grupo de sujetos, o bien, si se quiere, también podemos entenderlo como un espacio apropiado y valorado simbólicamente e instrumentalmente por los sujetos. En consecuencia, el espacio es entendido aquí como una combinación de dimensiones, en las que se incluyen tanto los contenidos que las generan como los que las organizan a partir de un punto imaginario. En este sentido, el espacio con respecto al territorio, se encuentra caracterizado por su valor de uso y será el resultado de la apropiación y valorización mediante la representación, trabajo y producción a partir del espacio inscrito en el campo del poder⁶. En el caso de estas colonias, las imágenes estigmatizadas que se construyen de este espacio, obedecen en buena medida a los giros de impacto situados en la colonia (Imagen 7).

Imagen 7



Fuente: creación propia con datos del GDF.

⁶ Giménez; 2000, 21-22.

El impacto de estos giros negros, desencadena un sentimiento de inseguridad que se generaliza como resultado de la incertidumbre de la defensa de la integridad, de riesgo y agresiones de un futuro enemigo; es la representación de un miedo que se retroalimenta y multiplica por las imágenes hostiles de un enemigo que nos provoca inseguridad; son imágenes que representan un inminente peligro, el de perder la vida o el patrimonio⁷. Hablamos entonces de la construcción de un complejo imaginario caracterizado tanto por la probabilidad de la ocurrencia, como por el temor de la recurrencia de un acto violento aún sin haberlo vivido directamente.

Observemos entonces cómo el miedo puede ser entendido como fundador de un orden social, en tanto que el miedo nos mantiene sujetos al orden establecido de una estructura determinada de mando y obediencia. Es pues el miedo un acompañante del hombre y por eso en la vida cotidiana del sujeto, la seguridad, el orden, el control y la vigilancia adquieren importancia, en la medida que da sentido a la vida del hombre en sociedad.

En este sentido, la violencia y el terror son realidades tangibles, ancladas a un sistema simbólico de reciclamiento

de imágenes, relatos y experiencias cotidianas que se insertan en diferentes dimensiones del ámbito urbano; la política, la economía informal, el narcotráfico, etc. Se trata de relatos alimentados y socializados por los medios de comunicación, los cuales dan un uso y sentido a esas narrativas, de modo tal que construyen un ambiente del miedo y el terror en la memoria social. Así, cuando esta memoria se comparte en grupo y se evocan imaginarios del miedo, muerte o terror, se crea un cierto control de la vida social e incluso de las emociones individuales y colectivas, a través de la exageración, el rumor y la imaginación, dando como consecuencia la configuración del miedo como un modo de vida rutinizado⁸.

Otro ejemplo de estos territorios, rutinizados y mediados por el miedo y el terror; los encontramos en aquellas colonias cuyas características, principalmente como en el caso de la Delegación Iztapalapa, muestran una de las mayores incidencias delictivas, así como un desordenado desarrollo urbano, una alta tasa de concentración de población, un bajo ingreso per cápita, altas tasas de desempleo y deserción escolar. Otras delegaciones con estas características son la Gustavo A. Madero y la Cuahutémoc (véase Cuadro I).

Cuadro I Las 100 colonias más peligrosas en el Distrito Federal			
Delegación / Colonia Gustavo A. Madero		Delegación / Colonia Cuahutémoc	
1	Lindavista	1	Centro
2	Guadalupe Tepeyac	2	Roma
3	Industrial	3	Guerrero
4	San Felipe de Jesús	4	Doctores
5	San Juan de Aragón 3era sección	5	Juárez
6	Vallejo	6	Santa María la Ribera
7	San Juan de Aragón	7	Condesa
8	UH. San Juan de Aragón	8	Obrera
9	Industrial Vallejo	9	Cuahutémoc
10	Nueva Atzacualco	10	San Rafael
11	Aragón	11	Nonoalco Tlatelolco
12	Martín Carrera	12	Peralvillo
13	Estrella	13	Roma Sur
14	Santa Isabel Tola	14	Tabacalera
15	Casas Alemán	15	Atlapa
16	La Providencia		
17	Gertrudis Sánchez		

continúa

⁷ María Teresa Uribe de H., *Op. cit.*, pp. 39-40.

⁸ Pilar Riaño Alcalá, "Las rutas narrativas de los miedos: sujeto, cuerpos y memorias" en Jean Deluaun, *El miedo. Reflexión sobre su dimensión social y cultural*, Medellín, Colombia: Corporación Región, 2002, pp. 90-92.

Cuadro I
Las 100 colonias más peligrosas en el Distrito Federal

<i>Delegación / Colonia Iztapalapa</i>	<i>Delegación / Colonia Miguel Hidalgo</i>
1 Central de Abastos	1 Anáhuac
2 Juan Escutia	2 Polanco Chapultepec
3 Santa Martha Acatitla	3 Lomas de Chapultepec
4 Leyes de Reforma	4 San Miguel Chapultepec
5 Santa Cruz Meyehualco	5 Tacubaya
6 Santa María Azahuacan	6 Tacuba
7 Tepalcates	7 Condesa
8 Vicente Guerrero	8 Escandón
9 San Lorenzo Tezonco	9 San Pedro de los Pinos
10 Los Ángeles	10 Anzures
11 Constitución de 1917	11 Polanco Reforma
12 Escuadrón 201	12 Popotla
	13 Hipódromo Condesa
<i>Delegación / Colonia Venustiano Carranza</i>	<i>Delegación / Colonia Benito Juárez</i>
1 Jardín Balbuena	1 Del Valle
2 Morelos	2 Narvarte
3 Moctezuma 2da Sección	3 Portales
4 Merced Balbuena	4 Nápoles
5 Veinte de Noviembre	5 Santa Cruz Atoyac
6 Peñón de los Baños	6 Alamos
7 Moctezuma	7 Mixcoac
8 Federal	8 San José Insurgentes
9 Pensador Mexicano	9 Nativitas
10 UH Candelaria de los Patos	10 Letrán Valle
11 Magdalena Mixhuca	
<i>Delegación / Colonia Coyoacán</i>	<i>Delegación / Colonia Alvaro Obregón</i>
1 El Carmen	1 San Ángel
2 Campestre Churubusco	2 Lomas Plateros
3 Santa Ursula Coapa	3 Jardines del Pedregal
4 Los Girasoles	4 Tizapán
5 Pedregal de Santo Domingo	5 Jardines del Pedregal San Ángel
6 Alianza Popular Revolucionaria	
7 Unidad Obrero CTM Culhuacan IV	
8 Prado Churubusco	
<i>Delegación / Colonia Iztacalco</i>	<i>Delegación / Colonia Azcapotzalco</i>
1 Agrícola Oriental	1 Clavería
2 Pantitlán	2 Unidad Azcapotzalco
3 Granjas México	3 Nueva Santa María
4 Gabriel Ramos Millán	
	<i>Delegación / Colonia Tlalpan</i>
	1 Villa Coapa
	2 Tlalpan
	3 Ajusco

Fuente: SSP 2000, Dirección de Normatividad y Sistemas,

Se trata en muchos de los casos de colonias cuya percepción es el resultado de testimonios de violencia narrada, que establecen una falsa dicotomía marcada, por un lado, por el encierro y la seguridad, y por el otro como un espacio abierto que en conjunto frente a las demás colonias adquiere un sentido de negación que las identifica en la categoría de inseguras y peligrosas, y es justamente su identificación la que les permite construirse y diferenciarse en la realidad urbana.

Muchas de estas colonias o barrios se han convertido, como resultado de esta identidad estigmatizada, en un conjunto de espacios desarticulados, separados y segregados, provistos de dispositivos de encierro que a menudo son agresivos, donde el transeúnte no puede pasar sin previa exhibición de credenciales. Son espacios relativamente mono funcionales y homogéneos que se convierten en constelaciones discontinuas de fragmentos espaciales, de piezas funcionales y segmentos sociales⁹.

La desarticulación de estos espacios públicos produce una crisis de reconocimiento y diferenciación que causa violencia y marginación, así como un conjunto de redes de representación, dentro de las que entran la imagen construida por los medios de comunicación de los acontecimientos ocurridos en la vida cotidiana de estos espacios, los cuales tienden a ser magnificados y a distorsionar la realidad de las redes de socialización del espacio público. Dicha imagen produce una representación cotidiana de la inseguridad en esas colonias.

Se trata de la construcción de la imagen de un espacio urbano dedicado cotidianamente al uso de la práctica delictiva. Son espacios, por decirlo así, que forman parte del conjunto del paisaje urbano, aún cuando no son relativamente nuevos; lo que sí dibujan de manera reciente es la notoria exclusión del espacio urbano expresado mediante la crónica de los asaltos a transeúntes, lo que facilita un valor de autonomización cargado de representación del espacio que opera como un vehículo de identificación simbólica del terror.

Así en la formación de la imagen deteriorada de estos espacios en el contexto de la proximidad en la vida cotidiana de la ciudad, la delincuencia logra un impacto particular en la ciudadanía, sin dejar de lado las políticas de seguridad pública, y la gestión de programas de prevención y contención de la delincuencia, todos ellos factores que adquieren una particular relevancia, no sólo por las consecuencias que

la delincuencia trae consigo en la vida de la ciudad, también por ser uno de los problemas centrales de cualquier ciudad, y por el consabido efecto que adquiere la delincuencia en el medio urbano. Si a ello agregamos el resultado de la disminución de las políticas de asistencia social y el efecto de la creciente pérdida de empleos, la falta de oportunidades, el acrecentamiento de la pobreza, la concentración de la riqueza, la marginación y la exclusión de grandes grupos de la sociedad a un mejor nivel de vida, lo que aparece es el dibujo de un mapa trazado por zonas concéntricas que luchan por la supervivencia de los más fuertes sobre los más débiles. Se trata de una ecología humana organizada por la obsesión habitual de la seguridad personal y el aislamiento producto de la polarización social y el apartheid espacial¹⁰.

Los espacios del terror

Los espacios del terror son aquellas unidades geoespaciales de la ciudad reconocidas, tanto por la autoridades de seguridad pública como por los propios ciudadanos, como lugares de alta peligrosidad o criminalidad; estos espacios se encuentran constituidos en gran medida por dos causas; la primera como resultado de un complejo imaginario caracterizado por la probabilidad de la ocurrencia, como por el temor de la recurrencia de vivir un acto violento en sí, aún sin haberlo experimentado. Son espacios producto de una serie de consecutivos relatos del miedo al uso de determinados territorios en la ciudad, son producto de la narración de las vivencias encarnadas en cifras oficiales.

Estos datos se comunican de primera mano como resultado de la experiencia con la violencia social cotidiana, imponiendo una imagen retransmitida de manera oral mediante los testimonios.

En este sentido, la morfología de los espacios públicos y residenciales, así como las cuestiones relacionadas con el mobiliario y los equipamientos colectivos, suelen tener un peso fundamental tanto en la construcción de un orden imaginario como de un orden social y en consecuencia como factores considerados para la seguridad o inseguridad de sus habitantes. En muchos de los casos, dichos factores han contribuido de forma determinante para definir los espacios del terror.

Sin embargo, más allá de reconocer la violencia y el terror como realidades tangibles, el miedo se encuentra anclado a un sistema simbólico de reciclamiento de imáge-

⁹ Angélica Giblia, *Espacio público y espacios cerrados en la ciudad de México*, FLACSO-México: UAM-Iztapalapa, 2003, p. 2.

¹⁰ Mike Davis, *Op. cit.*, pp. 6-7.

nes, relatos y experiencias cotidianas, que se insertan en diferentes dimensiones del ámbito de lo urbano, de lo político, de la economía informal, del narcotráfico, etc. De suerte tal que lo que podemos observar es el sentido ordenador y fundador del miedo.

En consecuencia, hablar de las relaciones entre la ciudad, miedo y delincuencia, presupone pensar el proceso de reordenamiento y la apropiación del espacio público como elemento contenedor de la seguridad pública y no necesariamente tener como referente para la identificación de las zonas criminógenas o de alta incidencia delictiva producto del análisis de las cifras de las encuestas de victimización, las cuales, lejos de servir como indicadores para el despliegue de programas de prevención, suelen ser utilizadas como indicadores para el etiquetamiento de determinados territorios urbanos, sobre todo porque en estos estudios adquieren un importante peso las características sociodemográficas tanto de los victimarios como de las víctimas. En todo caso dichas estadísticas lo único que reflejan es la visión de un reduccionismo que conduce de manera frecuente a la construcción de una idea simplista de la delincuencia, asociada siempre a un escenario considerado como peligroso. Sin embargo, en realidad lo único que hace es señalar las incómodas áreas grises y fortalecer la generación y polarización de los espacios de la ciudad¹¹.

Así las características físicas y morfológicas de los espacios y equipamientos públicos como factores facilitadores o inhibidores de la incidencia delictiva o de la inseguridad, son elementos que se han considerado para la designación de los espacios del terror, del miedo y la delincuencia. De ahí que estos espacios no sean otra cosa que el resultado de la construcción social del miedo, y el impacto que trae tras de sí el desorden, la carencia y deterioro de los servicios públicos y equipamientos que crean un sentimiento de inseguridad; a ello tendríamos que agregar el efecto simbólico de la construcción de una imagen creada de la inseguridad, cuyo efecto impacta en la edificación de un sentimiento de vulnerabilidad y etiquetamiento colectivo de ciertos espacios o colonias de la ciudad.

Se trata de la imagen de un miedo relatado, alimentado y socializado por los medios de comunicación, los cuales dan un uso y sentido a esas narrativas, de modo tal que construyen un ambiente de miedo y terror en la memoria social. Así cuando esta memoria se comparte en grupo y se evocan imaginarios del miedo, muerte o terror, se crea de

¹¹ Ernesto Portillo López *et al.*, *Violencia y medios. Seguridad pública, noticias y construcción del miedo*, México: CIDE, 2004, p. 31.

manera paralela un cierto control de la vida social e incluso de las emociones individuales y colectivas; este control se puede apreciar en rumor y exageración de un miedo ritualizado como modo de vida¹².

De ahí que la ciudad pueda ser considerada como un espacio en cuyo escenario se desarrolla y multiplica una evolución de desigualdad marcada por la sucesión de acontecimientos y formas de vida urbana, que sobrepasan la frontera de la ficción como respuesta del pavor a la cada vez más conflictiva vida urbana.

En el contexto de esta conflictividad urbana, el crecimiento de la delincuencia y la percepción del desorden que causan en la ciudad, han provocado cuatro efectos sociales visibles: A) La erosión de las redes de interacción social. B) La generación y aislamiento de las comunidades y de los grupos. C) La búsqueda e identificación del origen de la inseguridad en otros sujetos, que por lo general lo hacen atribuyéndolo a sujetos cultural y económicamente más débiles, de ahí que surjan voces identificando como delincuentes a los jóvenes, los indigentes, los inmigrantes, los homosexuales, las prostitutas, o a cuanto sujeto parezca diferente a lo normal. E) La identificación y estigmatización de ciertos lugares catalogados como peligrosos¹³.

Mediante estos cuatro efectos la inseguridad ciudadana actúa sometida a una doble dimensión que opera en realidad como valores integradores. Por un lado una dimensión objetiva que nos permite contemplar a los hechos delictivos como algo real y cotidiano, y la dimensión subjetiva expresada en las vivencias y sentimientos personales respecto a la inseguridad que se vive en la ciudad. Esta última adquiere un peso importante en la configuración del fenómeno de la percepción y construcción del imaginario de la inseguridad ciudadana y de su representación expresada en arquetipo social¹⁴.

Observemos que hablamos de un arquetipo en el que se describe a enemigos públicos, e incluso se describen espacios donde los sujetos con características semejantes juegan un papel central en el mantenimiento de una imagen descriptiva de una amenaza reflejada en el desorden, en el deterioro, en la suciedad, en la economía informal, en la clandestinidad del tráfico de drogas, y en la cotidianidad de la violencia intrafamiliar.

¹² Pilar Riaño Alcalá, *Op. cit.*, pp. 90-92.

¹³ J. Miguel Cruz, "Violencia, democracia y cultura política" en *Nueva Sociedad*, núm. 167, Caracas, Venezuela, pp. 138-167.

¹⁴ Rosa del Olmo, "Ciudades duras y violencia urbana" en *Nueva Sociedad*, núm. 167, Caracas, Venezuela, p. 167.

Es así como algunos barrios y colonias, sirven como preámbulo para significar la figura de un enemigo, cuyas acciones violentas se recrea en el imaginario de un espacio temido. Son imágenes ancladas a la historia del barrio, y a sus lazos con la delincuencia, la prostitución, el alcoholismo, la drogadicción, la ilegalidad; se trata de un espacio cuya historia de transgresiones morales, se refleja en una violencia que cuestiona la división entre víctima y victimario.

De ahí que estos barrios o colonias del terror, no son otra cosa que una construcción cultural caracterizada por contradictorios significados, todos atribuidos a prácticas de temor, que son narradas en historias orales de robos, atracos, violaciones, fraudes, homicidios, secuestros, etc., son lugares que muestran una cartografía del peligro y cuyo terror se extiende como onda expansiva, más allá de los límites del barrio, se trata de un espacio de disputa, de resistencia, de transgresión y de violencia¹⁵.

Ante este miedo al otro, percibido, vivido, socializado y valorado como inseguridad, el gobierno local y federal han probado sin mucho éxito un sinfín de estrategias de seguridad y contención que a la postre lo único que han logrado es una segregación física entre sus habitantes y la estigmatización impuesta como hierro caliente, bien como marca de exclusión, bien como signo de etiquetamiento y distinción, de aquellos que habitan en determinadas zonas de la ciudad calificadas como de alta peligrosidad; ejemplo de este etiquetamiento es el mapa de identificación de las 100 colonias más peligrosas de la ciudad.

Esta construcción cotidiana de la imagen y significado atribuido a determinadas zonas de la ciudad, es lo que forma la idea de una zona indeseable y de segregación, cuya valoración sirve como parámetro para señalar por igual a todo aquel que habita en estas colonias.

Otro ejemplo de esta segregación es el amurallamiento de los espacios habitacionales, rodeados por grandes muros de hormigón que tienen como propósito la reorganización de las redes peatonales para poder controlar los accesos y tratar de hacerlos cada vez más inaccesibles, formando verdaderos bunker; o bien tenemos el caso de los conjuntos habitación que asemejan complejos laberintos rodeados de cientos de metros de rejas y alambrados con púas, que hablan más de la sociedad que las construyó que sobre la verdad o mentira de sus pobladores; se trata por

un lado de una búsqueda desenfadada, de un refugio imaginario ante la ola de violencia objetiva, sin que los alambres puedan lograr su cometido. Por el otro, del resultado de las narraciones de las experiencias del miedo, todas ellas esbozadas por el recuerdo de múltiples conflictos violentos anclados en tiempos y espacios míticos de representaciones simbólicas, que hacen referencia a lo imaginativo y a la exageración.

Se trata de experiencias que al mismo tiempo se inscriben en un círculo expansivo de rumores referentes de miedo y terror. Son imágenes mediadas por lo fantástico del tipo de relato que incluso más allá del contenido narrativo, develan una construcción cultural de la otredad, un miedo generalizado al otro. Que se refleja, de igual manera, desde las calles secundarias hasta las principales avenidas, donde se han tendido redes de vigilancia permanente con sistema de video, principalmente en aquellas zonas consideradas como de más alta conflictividad; un ejemplo de estos espacios son los 118 puntos críticos de inseguridad (cruces de calles y parques públicos) identificados por la PGJDF.

Finalmente, lo que se puede apreciar del vínculo entre la ciudad y la delincuencia se encuentra recreado por una serie de relaciones transparentes, que paradójicamente se hallan constituidas por una serie de círculos oscuros que opacan toda intención de sociabilidad y construyen imaginariamente una idea de ciudad insegura, que emerge cotidianamente de la trama social expresada en lo inagotable de la violencia urbana. Se trata de una ciudad cuyos vínculos se recrean, se traducen y se piensan como un verdadero apartheid urbano constituido por el rechazo social de la ciudad hacia quienes son identificados como sospechosos, diferentes, o habitantes de colonias y barrios considerados como inseguros y productoras de delincuentes.

Hablamos entonces de un miedo al otro¹⁶ visto como agresor potencial, como delincuente, como destructor social, como una amenaza que alimenta el sentimiento de inseguridad, agresión y odio¹⁷. Este sentimiento termina diluyendo tanto el tejido social y la sociabilidad

¹⁶ Se pueden distinguir tres tipos de miedos: el miedo al otro, el miedo a la exclusión económica y social, y el miedo al sinsentido. Léase a Zygmunt Bauman, *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*, Barcelona, España: Paidós, 2007. O bien a Jean Deluaun *El miedo; reflexiones sobre su dimensión social y cultural*, Medellín, Colombia, Corporación Región, 2002.

¹⁷ El sentimiento de inseguridad, más allá de su realidad material, tiene origen en la percepción, lo que implica que no puede ser sólo reducido a un problema de orden policial.

¹⁵ Pilar Riano Alcalá, *Op. cit.*, p. 100.

cotidiana, como la confianza en sus contextos habituales; la familia, la escuela, la religión, el trabajo, el barrio, los cuales han dejado de ser lugares de evidente integración y junto con ello se ha dado paso a la erosión de la identidad colectiva¹⁸.

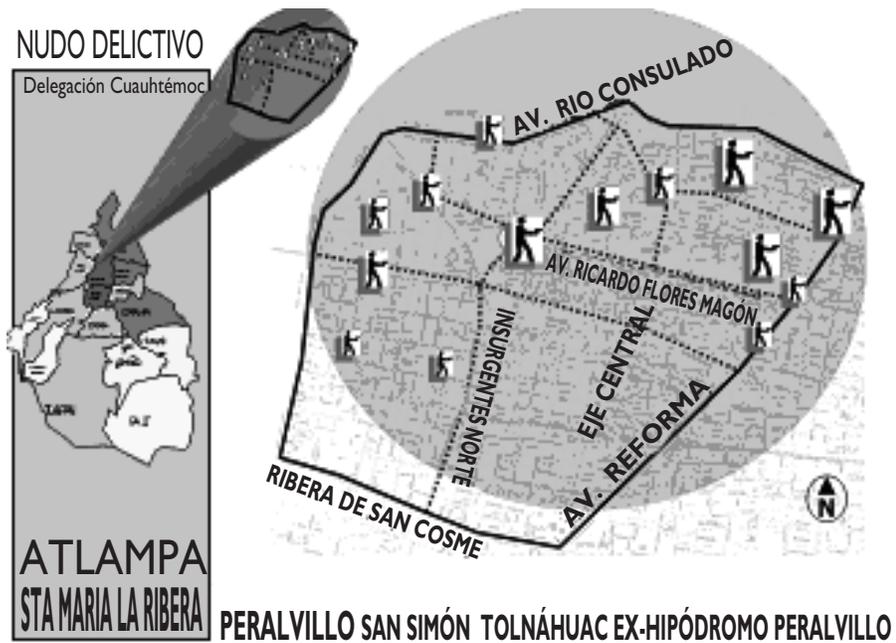
La geografía del terror, las colonias Atlampa y Sta. María la Ribera

Como hemos podido advertir, el imaginario del miedo del que son objeto los habitantes de la ciudad de México, ha sido identificado de manera directa con la asociación de ciertos espacios como son las colonias Atlampa y Santa

María la Ribera, el cual tiene su origen en la discriminación de que son objeto dichas colonias, de suerte tal que el efecto que produce dicho espacio logra un impacto no sólo en las implicaciones de la definición morfológica del espacio ciudad, sino en la cohesión social del espacio mismo, como lo hemos mencionado.

Dichas implicaciones tienen que ver con el carácter propio de las condiciones demográficas de las colonias, sus equipamientos, los giros de impacto y las organizaciones delictivas producto del comercio informal, organizadas éstas en complejas redes y bandas que se delimitan geográficamente en función de su influencia y giro delictivo. (Imágenes 8 y 9)

Imagen 8



Fuente: creación propia con datos del GDF.

¹⁸ Los nuevos espacios públicos de la ciudad, como las plazas, y centros comerciales, ofrecen nuevos rituales y formas de agrupación que no forman lazos de cohesión social, e incluso favorecen el crecimiento de nuevas tribus y agrupaciones urbanas móviles y flexibles que comparten emociones, símbolos e intereses, pero sin la autoridad necesaria para ofrecer normas y creencias estables. (Lechner: 2002, 139).

Imagen 9



Fuente: creación propia con datos del GDF.

En este sentido, como se puede apreciar en los 9 cuadros mostrados, hemos registrado las condiciones específicas de las colonias, así como la incidencia y organización delictiva; no obstante, se puede constatar un escenario de marginación en general, y ello no implica desde luego la justificación de la conducta delictiva, pero sí se muestra la relación de exclusión y etiquetamiento asociada a la pobreza y junto con ello una criminalización de la pobreza.

A manera de conclusión

En la construcción de los espacios del terror, podemos advertir que estos son constituidos sobre la base de la experiencia con la territorialidad, y en consecuencia como fuente productora de miedo que interviene en el uso y práctica del espacio público, al diseñar un mapa imaginario de sensaciones y representaciones que nos señala las coordenadas geográficas y sociales del peligro; algo así como una geografía del terror, que nos indica mediante la percepción un conjunto de variables fronterizas de una mirada de adentro y una mirada de afuera.

De ahí que en el caso de las colonias analizadas, las cuales poseen una mirada propia y una mirada del resto de los que la miran, las condiciones físicas y del paisaje urbano, tienen un efecto directo para designarlas como peligrosas e inseguras. Sin embargo no es sólo cuestión de equipamiento urbano y ni de un miedo al otro, sino a uno mismo,

a la precariedad, a la enfermedad, a la falta de recursos económicos, a las exigencias externas; hablamos de un miedo que bloquea los lazos de solidaridad y evita el encuentro, nos aísla y nos encierra frente al televisor¹⁹.

Así pues, el sentimiento de seguridad o inseguridad es algo más que la ausencia o presencia de un simple registro de delitos o de los grupos que operan y hacen suyo un espacio para sus actividades ilícitas; por el contrario, es el resultado de una percepción y como tal una construcción social, de ahí la importancia de destacar las diferencias y al mismo tiempo relaciones entre miedo difuso y miedo concreto, identificando al primero como aquel que se percibe con relación a fenómenos de carácter general y que se relaciona con riesgos indeterminados; y al segundo vinculado de manera directa o no con aquellas condiciones propias del medio urbano, o mejor dicho del espacio social cuyas limitaciones producto de las contradicciones propias de la desigualdad social se convierte en lugares propicios para las actividades ilícitas.

Más aún, podemos decir que la ciudad es productora de miedo, en parte por los hechos violentos que se viven; pero también, como lo hemos dicho, como resultado de un imaginario creado y difundido tanto por el rumor como por los medios de comunicación.

¹⁹ Lechner: 2002, 141.